

¡Oh, mano que tímida jamás te atreviste
á rasgar el velo que cubre la pura
tentación de su ardiente hermosura:
lo que tú no hiciste
lo hará la violenta
mano del villano que tu dicha afrenta!...

Misterio divino que tú no violaste,
umbrales del templo donde te paraste
de tu sacrilegio quizás espantado...
Lo que respetaste
quizás á estas horas habrá mancillado
con sus plantas inmundas la plebe...

Virgen—llama y mármol, angustia y sosiego—...
¿Quién habrá cogido tus rosas de fuego
bajo tus divinos pudores de nieve?...

EN LA SOLEDAD

¡Cómo recuerdo tu sonrisa hermana
de la sonrisa de los Serafines,
hoy que vivo sin ella, en los confines
de esta tristeza inexorable y vana!

Asomaste tu rostro á la ventana
que constelan de plata los jazmines,
y aromando el Abril de tus jardines,
— ¡Adiós— dijiste— amor, hasta mañana!

Los surtidores de las blancas fuentes
en el aire sus lirios suspendieron,
y las brisas quedaron silenciosas,

cuando sobre tus labios sonrientes
para mandarme un beso, se entreabrieron
tus cinco dedos como cinco rosas!

II

Mi vida es como una vidriera
gótica y empolvada, donde una
virgen hecha de ensueño y de quimera,
túnica azul y cabellera bruna,

esmalta melancólica y macera,
bajo un encantamiento de laguna,
su sobrehumana palidez de cera
en el humo de plata de la Luna.

Manos brutales, lujuriosas hiedras,
¿por qué vibráis la honda, y vuestras piedras
lanzáis audaces contra la florida

vidriera lunática?... ¿No veis
que si su imagen de cristal rompéis
también con ella romperéis mi vida?

III

En la mísera celda iluminada
por los fúnebres cirios, rodeado
de la comunidad, muere en pecado
mortal, un monje joven... Su mirada

se pierde en el azul desesperada...
De Dios, al expirar, blasfema airado,
arañando su rostro demacrado
y escupiendo la Hostia consagrada.

Se va crispando en bruscas convulsiones;
y la vida, en terribles maldiciones,
como un golpe de negra sangre hirviente,

entre los dientes rechinantes lanza...
¡Lo mismo que ese monje impenitente
ha muerto, amor, mi última esperanza!

IV

¿Por qué niegas, Señor, tu santo amparo
al soldado más pobre de tu hueste?...
No te pedí jamás gloriosa veste,
oro y riquezas, ni laurel preclaro.

Ni en mis tormentas mendigué tu faro,
ni anhelé entrar en tu mansión celeste,
que nada vale para mí cual este
amor que en mis entrañas guardo avaro!

¡Un beso sólo de su boca!... ¡Y luego
la eterna sombra y el eterno fuego!...
¡La más perenne y bárbara agonía!...

¡El más profundo y tenebroso olvido!...
¡Eso, Señor, tan sólo te pedía!...
¡Y ni eso, Señor, me has concedido!...

V

Cuando pasas, tus sedas y tus pieles
dejan tras sí, como fragante estela,
ese picante aroma de canela
con que embriaga el sol á los claveles...

Ese profuso olor de íntimas mieles
que del desorden de tu lecho vuela,
á mis sentidos lúbricos encela
en ásperos gruñidos de lebreles...

Pero yo, más que todos tus aromas,
amo ese olor á nido de palomas,
de tibias mieles y fragancias lleno,

que exhalan, cuando trémulo descieño
la suave ondulación de tu corpiño,
las aladas blancuras de tu seno!...

VI

¡Corazón, corazón, la negra suerte
como un verdugo tus martirios vela...
¿Por qué el amor de noche te desvela
si á tu carne no hay ya quien la despierte?...

¡Mejor, mejor debieras conocerte!...
¿Por qué amar y besar tu ensueño anhela,
si el beso inútil de tus labios hiela
lo mismo que los besos de la Muerte?...

Tú eres, en los festines del Pecado,
ese importuno y negro convidado,
á cuyo paso frúncense las cejas

y palidecen todos los semblantes;
suspenden sus coloquios los amantes,
y el vino rueda de los copas viejas!

VII

Empurpurando la aridez del suelo
con el calor de sus sangrientas gotas,
como aguilucho con las alas rotas,
mi último sueño descendió del cielo!...

No más ansias de luz; no más anhelo
de aire y de sol; ni sobre las remotas
cordilleras, ni sobre las ignotas
islas, tender la gloria de su vuelo!...

Sobre la tierra vil y entre los viles
hormigueros de hombres y reptiles
renovaré las gestas más bizarras...

¡Oh, sueño que en la tierra te detienes,
como para volar alas no tienes,
mis versos desde hoy te darán garras!...

VIII

¡Por fin que ciño tu cintura!... ¡Al cabo
se humilla suplicante tu belleza!...
¿Temes, quizás, que rueda tu cabeza
bajo el bárbaro alfanje de un esclavo?...

¿Dónde tu orgullo irrefrenable y bravo?
Se trocó en mansedumbre tu fiereza,
y hoy tu labio cruel, suplica y reza
cuando mi hierro en tus espaldas grabo!...

¡Al suplicio mas bárbaro te inmola
mi venganza satánica!... ¡A más ruda
afrenta te destina mi deseo!...

Atada de las manos á la cola
de mi bridón, arrastraré desnuda
tu belleza inmortal, como un trofeo!...

IX

En mi lúgubre celda de poeta,
soñando con tu amor, rosa eucarística,
disciplino mi carne con la mística
y sádica lujuria de un asceta.

El hondo afán de tu ambición secreta
y mi inquietud profunda y cabalística,
la fantasía, en una norma artística,
—soneto ó madrigal—funde y concreta.

Mi verso á tiempo que blasfema, ora;
 adora á Lucifer y al Crucifijo;
 llorando ríe, y cuando canta llora;

besa al morder, y cuando muerde, besa...
 Es un híbrido sér... Parece hijo
 de un viejo monje y de una vampiresa!...

X

Yo soy aquel que por tus sueños viste
 pasar, pálido, mudo y enlutado,
 y en cuya faz romántica el soñado
 semblante de tu amor reconociste.

Toda tu sangre juvenil me diste...
 Y yo, en pago de ella ¿qué te he dado?...
 Sólo este ambiguo anhelo que ha dejado
 tu corazón eternamente triste!

La esperada palabra de consuelo
que pudo abrírnos á los dos el cielo,
en nuestros labios la selló con plomo

el orgullo... ¡Pobre alma misteriosa
ven á enterrarte en mis recuerdos, como
bajo el eterno olvido de una fosa!

XI

¡Ay, estamos tan lejos, cual si ahora
la misma eternidad se interpusiera
entre nosotros dos... ¡Alma, ¿qué espera
tu anhelo? Entierra la esperanza, y llora.

Como sombra de un pájaro, la hora
propicia huyó por siempre... La postrera
rosa de mi caduca Primavera
muerta en tu seno la hallará la aurora!

Y nunca más estrecharé tu mano
trémula entre la mía... Soy un muerto
con el que siempre soñarás en vano!...

Todo se lo llevó nuestra fortuna...
¡Tan sólo en el silencio del Desierto
el Ángel del Amor canta á la Luna!

XII

A la azul claridad de la mañana
que irisa los jardines otoñales
¿qué suspiran los pálidos rosales
al deshojarse sobre la fontana?

¿Qué miedo de morir, que angustia arcana
estremece los mármoles triunfales
de las estatuas? ¿Qué labios sensuales
te han dejado sin sangre, carne humana?

¡No surjas alba aún!... Deja que bese
 los labios imposibles del ensueño
 que con tu brusca claridad deshilas!...

El amor más tenaz y ardiente es ese
 que se disipa como un frágil sueño
 al abrirse á la luz nuestras pupilas!

XIII

Jamás mi aliento empañará la clara
 fuente de tu pureza. Ni el trofeo
 de una sonrisa alcanzaré, que avara
 darás á tanto amor más digno empleo.

Todo anhelo inmolé sobre tu ara!...
 Cuando en mi alcázar interior te veo
 viva para mi amor y muerta para
 todas las esperanzas del deseo,

viene un consuelo á acariciar mi frente,
y la voz de un recuerdo, dulcemente
murmura como en sueños, á mi oído:

— ¡Ama sin esperanza! — De ese modo
no temerás la muerte ni el olvido,
y teniendo su amor lo tendrás todo!

LAS BALADAS DE LA INFANTINA

I

La linda azafata
cantando, remata
su toca nupcial...

(La aguja es de plata
y de oro el dedal).

— Blanca cidronela,
á mi seno en flor,
préstale tu olor,

para que lo huela
al llegar, mi amor!...

¡Dadme, caracolas,
la voz de las olas
dormidas del mar,
para cuando á solas
le tenga que hablar!

¡Abeja de oro,
dame tu tesoro,
panal del verjel,
porque á su regreso
quiero que mi beso
le parezca miel!...

¡Dadme, aguas tranquilas,
vuestra clara esfera,
para cuando quiera
verse en mis pupilas!...—

¡Oh, pobre azafata
de aguja de plata
y de áureo dedal!

Trabaja, trabaja,
que el tiempo es escaso...
¡Pobre niña!... ¿Acaso
será tu mortaja
tu traje nupcial?...

II

¡Qué cálido aroma
pasa por la brisa!...
¿Es una paloma?...
— Es una sonrisa
que á su labio asoma!...

¡Qué luz de alborada
mi estancia inundó!...
¿Es que amaneció?...
— Soñando, tu amada
los ojos abrió!...

¡Qué aroma tan leve
asciende del huerto!...

¿Qué nardo se ha abierto?...

— Su seno de nieve!...

¿Qué ave está cantando
en la adelfa en flor?...

¿Es un ruiseñor?...

— Tu nombre, soñando,
suspira tu amor!...

III

La fuente
apenas se siente,
en la silenciosa
plata de la luna...

Suspiran... ¿Alguna
romántica rosa
que de amor expira
por un ruiseñor?...

— ¿Qué recuerdo gira
á mi alrededor?

Alma silenciosa,
perla de Corfú,
¿igual que esa rosa
habrás muerto tú?...

IV

Recuerdos... Espejos
donde nos miramos...
¡Estamos tan lejos,
y tan cerca estamos!...

¿Qué importa la ausencia,
si á la par que ausentes
estamos presentes
en nuestra conciencia?...

¿Qué importan los vientos,
la tierra y el mar,
si los pensamientos
se echan á volar?...

La distancia es vana,
porque en mi deseo
cuan to más lejana
más cerca te veo!...

V

El blanco
reposo del banco,
bajo la enramada
de oculta glorieta,

¿no te dice nada,
corazón poeta?...

¿Jamás te has sentido
morir, palpitando
de amor encendido,
jadeante, acechando

con ansia infinita,
por entre el ramaje,
el temblor de un traje
que acude á una cita?...

En un banco agreste,
lo mismo que este,
y en una hora, cuya
memoria el olvido

borrar no ha podido,
¿no pudo ser tuya
la que nunca ha sido?...

VI

Timidez de niño
sorprendido... Tal,
para nuestro mal,
fué nuestro cariño!...

Murió de deseo,
en un balbuceo
de perplejidad,
sin que nos dejara

ni una estrella para
nuestra obscuridad!

Entre nuestro anhelo
sólo existió un velo
de humo, que pudimos
de un beso romper!...
Y nos despedimos
sin deberlo hacer!

Ahora, en esta ausencia,
cuando la conciencia
del amor te argulla,
—¿Por qué no fui suya?—
te dirás sombría;
mientras yo me digo,
á solas conmigo:
—¿Por qué no fué mía?

VII

La vida
que no fué vivida!...
El beso soñado
que nunca hemos dado,
beso que aún provoca
á soñar con él!...
(Morirá su boca
sin darnos su miel?...)

La divina cita
 de un amor ardiente,
 que está eternamente
 nuestra ansia infinita
 de amar, aguardando!...
 (¡Blanca mano experta
 en caricias ¿cuándo
 golpearás mi puerta?...)

Presentida amada
 que aún no fuiste mía,
 ¿cuándo, á la azulada
 claridad del día,
 sobre la blancura
 del revuelto lecho,
 veré tu hermosura
 dormida en mi pecho?...

VIII

Pálido viajero,
 detente!... El sendero
 es éste, y aquella
 la casa... ¿Ya nada

te recuerdan?... Ella,
 bajo esta enramada,
 sobre el mismo banco
 en donde reposas,
 ornaba de rosas
 su corpiño blanco!...

Aquella ventana
que la enredadera
en flor engalana,
la ventana era
tras la que solía
sentarse á bordar...
¿Por la celosía
florida, á espiar
su frágil silueta,
jamás te asomaste,
viajero poeta
que su amor cantaste?...

PASIONARIA